

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

ISABEL EDWARDS

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

Agrupación Amigos del Libro
Inscripción N° 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa
Carlos López Labaste
Carlos George-Nascimento
Oreste Plath
Pepita Turina
Alfonso Calderón
Claudio Orrego Vicuña
Arturo Valdés Phillips
Carlos Ruiz-Tagle

N° 3993

Tiraje: 1.000 ejemplares.
Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento S. A.
— Arturo Prat 1428 —
Santiago de Chile, 1982

¿Quién soy?

ISABEL EDWARDS CRUCHAGA

Cuando mi madre nos leía, a mis hermanos y a mí, que tenía cuatro años, la Historia Sagrada, yo me identificaba con algunos de sus personajes. Se mezclaban en nuestra vida Adán y Eva, Caín y Abel, Noé y su familia, José y sus hermanos, Abraham e Isaac. Trataba de imitar a María: amaba a Jesús.

Debido a mi identificación con aquellas figuras bíblicas, forjé en mí una personalidad conforme a esa imagen ideal de bondad, de amor, que a través de mi vida, he luchado por conseguir.

Muy diferente hubiese sido si mi madre sólo nos hubiera leído las noticias del día, aparecidas en los periódicos. En ese caso no habríamos teni-

do ninguna imagen, ningún modelo determinado: una persona con sus energías dispersas y sin escala de valores habría resultado de mí. Ella nos hablaba del Bien y del Mal, nos enseñaba con relatos, nos forjó en el espíritu del bien, exaltando las acciones buenas.

Durante los primeros años de mi niñez ella fue nuestra maestra y luego lo fue una señora inglesa que nos enseñaba a hablar, leer y escribir en el idioma que luego tuvo tanta importancia en mi vida en Australia.

Desde que nací hasta cumplir yo los siete años vivimos en Santiago, en la calle Beaucheff, frente a la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile, a una cuadra de distancia del Club Hípico y a media del Parque Cousiño.

Para mi madre, la pérdida de su hija mayor fue un golpe que la dañó profundamente. Era ella varios años mayor que yo, después de mí venía la Carmen y después el hermano tan esperado por mis padres: el hijo varón, mimado por todos: Hernán.

Nuestra vida fue llena de fábulas, juegos, candor y afecto de cuantos nos rodeaban. A los siete años mis padres me comunicaron que ya tenía

“uso de razón” y me posesioné de esa idea con mucha seriedad. Me llevó mi madre al convento de “Las Hijas del Purísimo Corazón de María” y me presentó a la madre Superiora que era tía de ella. Allí me prepararían para la Primera Comunión. Nunca antes me había visto rodeada de tantas niñas de mi edad. Durante un mes me llevaron al colegio para recibir instrucción religiosa. A esa edad yo ya sabía varias oraciones de memoria, y contestaba las preguntas del Catecismo de la Doctrina Cristiana. Las monjas perfeccionaron mis conocimientos y el 8 de diciembre hice mi Primera Comunión, junto con todas las niñas del colegio. Mi madre me sugirió que en lugar de una fiesta con mis primos en la casa de Beaucheff, celebrara este gran suceso que era “la venida del Niño Dios a mi alma”, con una gran fiesta en el convento, donde podrían asistir todas mi compañeras que también abrigaban al Niño Divino en su pecho. Gracias a mi madre nuestra educación fue diferente a la de los niños contemporáneos míos.

Desde el balcón del segundo piso veíamos cada 18 de Septiembre pasar las carretelas, adornadas de banderitas chilenas y cargadas de gente que iba

al Parque Cousiño a celebrar, en las ramadas, las Fiestas Patrias.

“Corazones partidos yo no los quiero:
cuando yo doy el mío lo doy entero
Huifa, Ayayay”.

La muerte de mi hermana, la cueca, los desfiles, los estudiantes cantando la Canción Nacional, mientras izaban la bandera en el mástil del edificio, de la Facultad de Ingeniería, se mezclan en mi recuerdo, con el nacimiento de mi hermano. El fue mi regalón y se adelantaron en mí los sentimientos maternales, al estrechar a ese niño en mis brazos.

La institutriz cuidaba de los tres niños que éramos y nos llevaban a jugar al Club Hípico, donde veíamos preparar los caballos para las carreras. Ahí iban otros niños que eran nuestros amigos. Esas primeras experiencias van mostrándonos algo de lo que es la vida. Sin embargo, mi facultad de imaginar me impidió siempre enfrentarme de lleno a la realidad y por una rebeldía ante la tristeza, me reía de todo.

Mis padres compraron una propiedad en las

afueras de Santiago. Era una chacra, a media hora del centro de la ciudad en que mi padre se puso a edificar una casa y a plantar arboledas y viñas. También formó un parque alrededor de la casa.

Encuentro entre mis papeles estas notas:

“El parque se extiende sombrío, enorme, silencioso, semi húmedo. Los árboles, gigantescos, forman una techumbre verde y densa que oculta el cielo. Grandes avenidas y prados se pueden recorrer sin apremio, porque allí el tiempo se detuvo. Los objetos, las costumbres, los acontecimientos, todo entretrejido a través de los años como una malla rica y llena de significado, que da vida y ata al que ha llegado a conocerla. Allí me encuentro con miembros de mi familia —antepasados venidos a colonizar— que llegan a mí a través de cientos de años de lenta descendencia. Entre ellos hay algunos esforzados, inteligentes, capaces de crear; otros negligentes, inútiles, flojos. La raíz permanece en el terruño y continúa el árbol extendiendo sus ramas, que son armazón y espina dorsal de una familia que, unida a otras, formó una raza que hoy es nación. No fue el abuelo solo quien templó la espada, amasó el pan, formó el hogar, dio nombre a la patria: allí están sus car-

tas a la querida esposa. También sus corbatas y calcetines, y objetos que pertenecieron a otros abuelos más próximos. Hay una fotografía de un tío diplomático a la orilla de algún río en Europa; la de un sacerdote; la de una dama de moño alto —jovencita frágil con expresión evasiva —¿huye del presente? Una muchacha de chasquillas con los ojos muy abiertos, de mirada inteligente y profunda . . . ¿Qué se hizo?

“El Parque . . .

“Salí al parque para escapar a la atracción de las cosas y recuerdos que envuelven y van cogiendo e incorporándonos a un pasado que ha llegado a ser común a todos los sudamericanos.

“Se ha escrito la Historia y en ella hay culpas, heroísmo, éxitos y equivocaciones. Pero el esfuerzo de cada día, el empuje en la empresa, la resistencia para luchar y triunfar en las dificultades, el valor para no claudicar ante el dolor, fue pujanza que puso cada uno de los ciudadanos miembros de la raza que gestó la Patria.

“Los pueblos de América, varios —uno solo— nobles, valientes, buscando aún su camino hacia la unidad: el bienestar de sus hombres.

“En el Parque, la mirada se extiende y contem-

pla troncos enormes, extensiones sombrías, áreas soleadas. Estoy sola. Camino lento... Algo tan parecido al tiempo, visto como un todo, es este Parque. Se mantiene abierto al que llegue, cada uno toma de él una parte y ve lo que su propia experiencia le ha enseñado. Pero su existencia es mucho más rica, más completa, más múltiple de lo que logramos ver: soy sólo aprendiz del conocimiento de un Parque”.

“Sin abismo no hay altura”, pienso mientras camino bordeando el sendero. El día está diáfano, transparente como esos cristales limpios que son parte del servicio de copas de mi madre. Ella lo usa para las grandes ocasiones, como cuando algún amigo de mi padre nos llegaba a visitar. Entonces preparaba por sus manos un guiso especial, pero cuando llegaba la hora de sentarse a la mesa sobrevénía el desastre: mi madre, agotada, partía a la cama con jaqueca y debía yo enfrentar sus obligaciones de dueña de casa.

Mi padre, algunas veces, reclamaba de la falta de orden, de la comida mala y a deshora. A pesar de ya tener yo “uso de razón” no tenía experiencia y las cosas no salían muy bien.

Mi padre se ausentaba de la casa algunos días

desde temprano en la madrugada, hasta pasada la media noche y me dejaba a cargo de mis dos hermanos. Mis nueve años eran responsables y cargados de tristeza por ver a mi madre siempre enferma.

Era alta para mi edad. Las trenzas oscuras caían a los lados de mi rostro ovalado, en que los ojos castaños miraban cuanto ocurría a mi alrededor.

Por esos años una maestra me regaló un cuaderno y me sugirió la idea de escribir cada día lo más importante que me ocurriera. Así me inicié en las letras. Casi siempre escribía mis sueños. También mis aventuras en ese jardín lleno de árboles en que amanecíamos con el ruido de pájaros. Recorríamos en bicicleta los caminos rodeados de flores —competencias y carreras— escondites secretos, caídas a las acequias, robo de huevos en los corrales de las gallinas —se comían crudos haciendo un hoyito en cada extremo y se sorbían fuerte; después se dejaban en el nidal . . .

Una tarde mi madre me mandó a llamar. Fui dejando los juegos. Estaba en su dormitorio a oscuras y, por venir yo desde la luz del jardín, en que el sol rebotaba en toda la naturaleza, nada veía en mi recorrido.

—Isabelita, linda, ¿sería usted tan buena de cortar unos limones para mí? . . .

Salí a tropezones, mientras pensaba cómo llevaría a cabo la empresa que mi madre me había encomendado.

—Los limones tienen espinas— dijo Carmen, que al pie del árbol, me ayudaba; pero ya me había desgarrado un brazo. No permití que ella subiera.

—Tú eres muy chica.

Iba sacando la fruta y la ponía dentro de un canasto que Carmen sostenía. Las espinas iban desgarrando el vestido y las piernas y brazos, mientras trepaba por los ganchos del árbol.

—Mira como estás —dijo mi hermana.— Nos van a retar.

—Pero si es un remedio para mi mamá . . .

Al llegar a la cocina salió la empleada.

—Niñita —gritaba— ¡Miren cómo ha quedado! ¿Qué maldad estaba haciendo?

Corrimos a la pieza de mi madre. Desde las tinieblas escuchamos la voz que llegaba cansada y débil.

—¿Isabelita? ¿Carmencita?

El dolor de las heridas, el sacrificio por amor a

ella: todo a cambio de su mejoría. Siempre en suspenso esperando la luz, la salud, la voz alegre de mi madre. Había que andar en puntillas de pie, hablar en susurro, no meter ruido en los juegos.

Encendió la luz del velador.

—Estás herida hijita, pobrecita. ¿Qué te pasó?

—Sacamos los limones —respondió Carmen.

Ella nos mandó a buscar el algodón y una botella de Maravilla Curativa. Me limpió las heridas y me hizo cambiar de vestido.

Cuando volvimos con mi hermana al jardín íbamos contentas.

—Le hicieron bien a la mamá los limones . . .

La señorita Eugenia Alliende nos daba clases de Castellano, Literatura, e Historia. Era muy inteligente y supo despertar en mí el amor por el lenguaje. Me gustaba mucho estudiar y más aún escribir y leer. Todos los dineros que mi padre me daba los invertía en libros. Además, de su biblioteca, él me prestaba algunos. Me gustaba la poesía, la música clásica. Gabriel y Galán, Espronceda, Schubert, Wagner, Los Cuentos de Grimm. Leí El Tesoro de la Juventud; todos los sábados El Peneca. Aprendí a tejer, a coser, a bordar, a tocar el piano y a zurcir los calcetines de mi padre. A

veces tenía que preparar el almuerzo para todos, porque no había empleada en la casa. La mala salud de mi madre las aburría y se iban a poco de ser contratadas.

Cuando tenía quince años conocí, a un muchacho de diez y siete. Mis padres se oponían a mi preferencia tan decidida por él y me hicieron terminar nuestra relación. Este hecho me permitió conocer muchos matices del alma humana. Yo era muy sensible y en cuadernos de esa época, en que escribía mi diario, se mezclaban mi amor por él, mi tristeza por dar un desagrado a mis padres, el deseo de no mentir, y la injusticia que me parecía el tener que vencer mis sentimientos por decisión de ellos.

Las noticias de la guerra mundial, nos traían en el radio una imagen espeluznante de los bombardeos de ciudades; la persecución de los nazis a los judíos; el sufrimiento en todos los rincones del orbe. Parecía que el hombre no quería tener paz, amor, felicidad. Al aparecer ahora en mi vida un elemento de poesía, mis padres me exigían desterrarlo. Obedecí.

Más tarde, amé a otro muchacho bueno y tra-

bajador, hijo de un amigo de mi padre y comencé a salir con él. Era inteligente, original y culto.

Volví al colegio después de esas vacaciones y Antonio me iba a visitar los días domingos. Cursaba las humanidades en un colegio norteamericano donde la maestra de castellano era la señorita Eugenia, así es que continué con ella como profesora. Estudiábamos con una monja Literatura Inglesa —Chaucer, Milton, Shakespeare—, y Literatura Española con la maestra de castellano: Jorge Manrique, El Mio Cid, Miguel de Cervantes, Lope de Vega . . . Leíamos en Latín La Eneida y traducíamos a Virgilio, lo que perfeccionaba nuestros conocimientos del español.

A los diez y ocho años me casé con Antonio Jaramillo y a los veinte y cuatro ya tenía a mis tres hijos. Ellos también se criaron en esa propiedad en el campo y supieron de la alegría sana de los colores, la luz, el viento, la lluvia sobre el rostro y la belleza de la cordillera de Los Andes, que nos enfrentaba cada mañana, algunas veces blanca por la nieve, otras azul, otras verde y otras rosa o lila. Siempre variando, pero siempre hermosa.

Antonio sabía mucho de historia, y era un gran lector. Leí, con él, autores como Shalom Ash, H.

G. Wells, Spinoza, Antoine de Saint Exupery, Cronin, Thomas Mann, Morris West, Somerset Maugham, Freud, Jung, Tito Libio, José de Espronceda. Tenía una memoria extraordinaria; citaba hechos y fechas con gran lucidez. El leía el Corán, la Biblia y el Talmud. Me dio a mí a leer "La Biblia ha dicho la verdad", "Atila", "Ben-Hur", "Los Hititas", "Las mil y una noches" "La hora Veinticinco": un variado repertorio. Me regalaba libros de arte con reproducciones muy bellas y fieles al original que iban completando esa colección que se distribuía en estantes repartidos por toda la casa.

Cada día yo escribía más, pero no lo mostraba. Entonces comencé a modelar la greda. Tuve por profesores a Ana Lagarrigue y a Tótila Albert. Durante diez años trabajé haciendo esculturas de greda y también escribía. Mis maestros eran muy inteligentes. Anita, chilena, una mujer culta, sabia, artista y simpática. Tótila, un genio alemán, discípulo de Goethe y de una sensibilidad artística muy fina y sutil. Cada persona con la que logramos una comunicación de alto nivel espiritual, es una grada más que avanzamos hacia Dios.

En ese tiempo me hice cargo de la administra-

ción de la chacra. Había allí arboledas y, además sembraba esas veinticuatro cuadras, que mis hermanos me entregaron para explotarlas cuando heredamos la chacra a la muerte de mi madre. Su muerte nos entristeció mucho y al ver a mi padre solo, surgió una gran amistad entre él y sus hijos. Era un hombre muy culto y con gran sentido humanitario; sin embargo detestaba las multitudes. En una oportunidad recuerdo que me reprochó mi gusto por las procesiones y los desfiles de la Cruz Roja, a la que yo también pertenecía. Mi espíritu de cumplir con el deber me hacía estar en todo. Vivía intensamente.

—Pero papá, ¿qué va a hacer en el cielo? Allá vamos a estar todos juntos.

Además de mi padre con quien conversaba mucho, tenía desde niña, la amistad de el destacado médico don Sotero del Río Gundián, hombre inteligente, culto y de una gran bondad. El con su ejemplo y generosidad, me dio una pauta de vida que admiré siempre.

Exploté el campo en forma intensiva. En la época de poda o cosechas, tenía más de cuarenta trabajadores a mi cargo. Aparte de sus problemas,

muchas veces, tuve que solucionar los de sus familias, que acudían a mí como enfermera.

En el año 1958 vi un anuncio en el diario —un Taller Literario del Instituto Las Condes dirigido por Guillermo Blanco. Tomé mi cuaderno y mi lápiz y me fui, una tarde, a ver de qué se trataba. Guillermo, muy amable, me animó y continué asistiendo semana a semana a su taller. Ahí aprendí oficio y, además, a mirar lo que escribía con más objetividad y perspectiva. Nunca antes había podido corregir porque no reconocía lo malo de lo pésimo. El resultado de mi trabajo en el taller fue un libro que más tarde Miguel Arteche me ayudó a ampliar y corregir en forma cuidadosa. De un relato de diez líneas consiguió que escribiera treinta páginas. Además me estimuló para enviar uno de mis cuentos a un concurso del diario “El Sur de Concepción” que fue publicado un día domingo en primera página con ilustración en colores de Jimmy Scott. En ese cuento usé seudónimo: I. E. Urzainqui; su título era “Un papel en Blanco”. Urzainqui es un pueblo vasco de donde vienen los Cruchaga, que es la familia de mi madre.

Esta publicación fue en el año 1961 y me dio

ánimo para seguir escribiendo con la idea de publicar.

Ese mismo año hice un viaje a Europa. Antes de partir reuní todos mis escritos y los guardé en una bodega, dentro de un cajón manzanero.

Cuando regresé de Europa después de ver, todos los museos y catedrales que conocía en mis libros de arte, volví a abrazar a mi marido y mis hijos. Estaban bien y contentos. Les mostré las fotografías que había tomado y el archivador en que escribí paso a paso mi viaje. Al querer leerles mis memorias del viaje, por autocrítica frente a la juventud y pureza del alma de mis hijos quemé todo en la chimenea. Nunca he querido manchar, o herir el espíritu del que me lea, y me vi mordaz en la ironía.

Al tratar de reanudar mis actividades artísticas me di cuenta que debido a la calidad de las obras de arte que había visto, mi escultura me parecía pobre. Quise revisar mis escritos y descubrí que el cajón aquel, no estaba en el sitio donde lo había guardado. Indagué, y nadie pudo decirme qué había pasado con él.

Todos esos cuentos que había escrito y corri-

do con tanto trabajo, más muchos apuntes, diarios y notas, ya no existían.

Reescribí los cuentos, de memoria. Ellos compusieron mi libro: "Cartas a un Ladrón (1969) que llevé a la Editorial Zig-Zag. Iba recomendada por Pedro Lastra y por Alfonso Calderón que me habían dado su opinión sobre el libro. Después de dos meses de espera supe que sería publicado.

Pocos saben lo que cuesta hacer un libro. El mío demoró diez años, desde los primeros cuentos hasta salir al público en 1969. El artista da al escribir, toda su capacidad física y espiritual. La imaginación, los afectos, deseos y voliciones expresados y entregados por el autor en forma armónica y bella, han quedado sujetas al papel, para ser luego aprendidos por el lector, que les vuelve a dar vida mediante su inteligencia. Algunos toman un libro y lo arrumban con otros, en un rincón del desván y allí el polvo y moho lo ensucia y destruye. Es como cuando se deja a un buen amigo, que nos ha ayudado a mirarnos, a saber más de nosotros mismos y, al ser privados de su compañía, nos damos cuenta que nuestras palabras no tienen la misma resonancia, porque van cayendo al vacío y ya no hay quién las goce, las

admire. Sucede también con los instrumentos musicales: no son nada si no los tañe la mano del artista. Cuando las notas van resonando en el aire y forman la sinfonía son convertidas por el que escucha en sensaciones de pena, gozo —emoción de alguna forma— que reporta una expansión del espíritu: su crecimiento. Así un libro puede, como la música, lograr el crecimiento espiritual o poder y aún desviar a un alma. El libro, dejado en un rincón de la casa, puede ser un arma de gran fuerza destructiva o creadora —según haya sido escrito. La potencialidad de trabajo de su autor está en él, amarrada, en espera de alguna otra persona que le dé vida y libertad.

En ese tiempo conocí a Roque Esteban Scarpa y fui al taller que él dirigía en la Biblioteca Nacional. Salieron publicados, en la Revista Mapocho, en 1969, siete cuentos míos. Estos son cuentos subjetivos, seis de ellos se incluyeron en la colección de veintiún cuentos que compone mi libro "El Cajón de las Cosas Perdidas" (Editorial Nascimento, 1978).

Carlos Ruiz-Tagle también iba al taller y, más tarde, en la Revista Mapocho, publicó una crítica —análisis suyo muy bien hecho de mis cuentos.

También en la Biblioteca Nacional me grabaron, para el Archivo de la Palabra varios cuentos leídos por mí misma.

Rosa Cruchaga de Walker, José Simón, Hernán Montealegre, Renato Irrarázabal y algunos miembros de "El Joven Laurel", más otros jóvenes universitarios, también concurrían al taller cada miércoles, para leer y criticar los escritos de los asistentes que se atrevieran a dar a conocer su obra. Roque Esteban Scarpa es un gran maestro: tiene el don de estimular y corregir a la vez. Muchos escritores le debemos nuestra formación. Somos parte de su familia espiritual.

Ese año se celebró un Congreso de Escritores Latinoamericanos al que asistí. Ahí conocí, a Juan Rulfo, a Carlos Onetti, Jorge Edwards, Antonio Skarmetta y Margarita Aguirre. Carlos Fuentes había prometido venir a Chile y no llegó, como tampoco Alejo Carpentier, ni Gabriel García Márquez.

En las reuniones de trabajo había participantes y observadores. Allí vi a Enrique Lihn, más allá a Hernán del Solar y Braulio Arenas. También asistió Ignacio Valente. Wilfredo Mayorga, y Luis Sánchez Latorre, representaban a la Sociedad de

Escritores Chilena. Hernán Díaz Arrieta (Alone) había mandado recado explicando su inasistencia. Socios del PEN CLUB y del Grupo Fuego se paseaban de una sala a otra por las sedes, que habían sido designadas para las reuniones. Carlos René Correa, Enrique Campos Menéndez, Ester Matte Alessandri, Adriana Dittborn, Maité Allaman, Mila Oyarzún, Juvencio Valle, Fernando Lambert, Miguel Saidel, Alicia Morel y también los editores de todos ellos, se agrupaban haciendo comentarios del encuentro.

Los intelectuales, por estar abiertos a las ideas, son a veces manejados y dejan de ser libres en su posición frente al medio ambiente. Existe su compromiso con la Creación por la condición humana; por la libertad individual; por la justicia social; por los valores vivos de la cultura en el progreso de nuestras colectividades americanas. Ese compromiso habría que definirlo en su forma: puede ser que el intelectual asuma una posición reformista o bien revolucionaria, pero siempre el escritor vive en desajuste a todo orden establecido.

Decía Ignacio Valente en El Mercurio del 31 de agosto de 1969 a propósito de este Encuentro de Escritores: "es el hombre que desde el interior

del lenguaje cuestiona sistemáticamente toda la realidad dada, revelando sus inagotables conflictos y su perenne inadecuación con las posibilidades de la existencia humana de la trascendencia". Luego decía: "Yo no pretendo despachar en breves líneas este dilema sobre la misión de la literatura en la transformación recíproca de hombre y mundo y, por lo tanto, de las relaciones sociales. Quiero sí, mencionar las dos cuestiones capitales sobre las que reposa este problema axiológico: cuestiones familiares a los viejos moralistas cuando se plantaban las relaciones entre belleza, verdad y bondad, esos tres atributos del ser que allá arriba, en la magestad de lo Absoluto, son Tres nombres de Dios, pero que aquí y ahora, mantienen tan desgarradas tensiones de su parentesco original".

Como también decía este erudito de la literatura, sin los poetas de América Latina (menciona a Neruda, De Rokha y Parra) no se explican sus prosistas: en la poesía se apoya la prosa.

El escritor es siempre un juez de sí mismo y de sus contemporáneos. Es poseedor de una visión más amplia y de mayor altura; muestra las posibilidades del hombre en la superación de sí mis-

mo, en cuanto a inteligencia y belleza espiritual. El artista exige belleza, armonía y la pide a todos los seres vivos. El intelectual desvirtúa su función y malogra su autenticidad de artista puro, al limitar su creación literaria dentro de marcos impuestos por el medio exterior.

Cuando me retiré del Encuentro escribí lo siguiente:

LENGUA VIRTUAL

¿Tienes un virus en la lengua?
¿Será esa la razón por la que estudias lingüística?
Quieres ser intérprete de la mente;
te gustaría tener una lengua limpia,
libre de escamas
blancas, que te la traba.

No quieres tener lengua aglutinante,
ni analítica,
ni canina,
ni cervical.
Tampoco de buey.
La lengua de escorpión te repugna,
con lengua de trapo nadie te comprende;

la lengua de víbora te desagrada
y la rechazas.
A todas luces, la lengua madre es la que buscas,
la lengua santa,
la lengua sabia,
—lenguas hermanas—
que son lengua viva.
No te quedes con la lengua de un palmo,
ni te dejes andar en lenguas;
no se te vaya la lengua,
ni te hagas lenguas por nadie.
Conviértete en lengua de fuego
Y ¡no me saques la lengua!

Al año siguiente, 1970, partí a Australia a reunirme con mis hijos que vivían en Sydney. Llevaba en mi equipaje una Biblia y un radio transistor. También algún ejemplar de "Cartas a un ladrón" y recortes de diario con comentarios de la prensa sobre mi libro: Ignacio Valente, Guillermo Blanco, Carlos Ruiz-Tagle, Víctor Castro. El Sur de Concepción había publicado una entrevista que me hizo Lillian Calm. Cartas de diferentes personas, una de Gregorio Marañón, me

daban optimismo para continuar trabajando en mis cuentos.

Desde Sydney miraba a Chile, a través del Pacífico, con gran cariño y añoranza, pensando siempre en que volvería pronto. Después de ocho meses fue a visitarnos mi marido, Antonio. Mi estancia se prolongaría en Australia: aprendí a conducir automóvil con la dirección a la derecha. Todo era al revés y me comenzó a funcionar el otro lado del cerebro. Para familiarizarme con el acento de los australianos, escuchaba en el radio las sesiones que transmitían desde la Cámara de Diputados. Los debates duraban días completos y mis hijos se reían por las latas que yo me daba. Comencé a buscar trabajo. Vivía un tiempo en casa de cada uno de mis dos hijos. En una ocasión conocí, en un almuerzo al pintor Luis Vargas SAVEDRA y su mujer, Carmen Boullemore que vivían desde hacía poco tiempo en Sydney. El había sido contratado como profesor de Castellano en la Universidad de New South Wales. Venían de Estados Unidos. Ellos me presentaron al Jefe de la Oficina de Intérpretes del Gobierno Australiano, rendí un examen y fui contratada. Ese cargo lo desempeñé durante todos los años que viví

en Sydney. Hicimos una gran amistad con los Vargas. Me invitaban a su casa, donde escuchábamos música clásica, poesía y conversábamos días enteros sin agotar los temas. Nos íbamos a la playa con la Carmen, Luis y los niños, llevando libros para leer. Sentados en la arena australiana, bañados por ese sol y aire, leíamos entre otros a María Luisa Bombal, a Neruda, a Gabriela Mistral, —de la que Luis es gran admirador— y a Rosa Cruchaga de Walker con quien nos escribíamos. Más tarde traducimos algunos poemas al inglés para publicarlos en una revista de la Universidad de New South Wales. En esa universidad, en la biblioteca, quedaron mis libros “Cartas a un ladrón”, como parte del Departamento de Español. Allí conocí a H. P. Heseltine, profesor de inglés de la Universidad y al poeta neozelandés, Vincent O’Sullivan y a Grace Perry, editora de la Revista de Poesía Australiana, que en 1971 publicó los poemas antes mencionados. Estas publicaciones eran hechas por la South Head Press con la asistencia de la Fundación Literaria del Commonwealth y de el Consejo del Comité Gubernamental de Cultura, dos entidades que se ocupan

en Australia de la difusión del arte y la cultura en los medios universitarios.

* * *

La bahía de Sydney es de una belleza extraordinaria. Bosques de eucaliptos y plantas tropicales llegan hasta el borde del agua, que es muy azul lo mismo que el cielo. Barcos a vela navegan, en todos sentidos, cruzando las aguas que sirven de vía marítima para transportar a las personas de un punto a otro de la ciudad. En las noches nos íbamos a sentar a un embarcadero en Rose Bay y contemplábamos el mar, mientras una luna grande y bella nos iluminaba el recuerdo y la añoranza del terruño. Recibíamos cartas de nuestras familias cada semana y también, a veces, algún periódico chileno. Vivíamos con mucha economía debido a lo poco que ganaban los hombres en su trabajo. Sin embargo nos alimentábamos bien, con una dieta equilibrada, y la estrechez económica nos unía mucho afectivamente. El único gasto que me permitía era el de mi correspondencia con Chile. Escribía a mi marido y a mi hija Isabel, semana a semana, y también ocasionalmente a al-

guna amiga. Tratábamos de hacer nuestra vida, lejos de la Patria, lo más llevadera posible. Algunos días, salíamos a caminar por Alice Street, en Harris Park, donde vivía con mi hija María Teresa. Llevábamos a la niña, su hijita, en su coche y nos íbamos a sentar frente a una casa de estilo colonial, que era Museo, y que nos hacía recordar el estilo de las casas chilenas. Siempre haciendo recuerdos de los nuestros, y rogando a Dios que nos mantuviera siempre unidos.

En las calles de Parramatta, en los supermercados, en las tiendas, se veían cientos de extranjeros de tez oscura y ojos negros, que hablaban un inglés que sonaba a dialecto. Eran griegos, italianos, libaneses que se mezclaban a los australianos blancos, altos y rubios, que también hablaban un inglés muy deformado. En esa época sentía la soledad en medio de esa multitud de personas desconocidas, que en las calles caminaban como yo, tristes, con inseguridad.

Las tiendas, se veían ricas en mercaderías. Nosotras mirábamos todo, pero no podíamos comprar.

Mi hijo Antonio y su familia, vivían en un barrio que estaba a una hora y media de viaje, en automóvil, desde nuestro departamento. Su barrio

se llamaba Cremorne. Algunas veces venían a buscarnos a Parramatta y juntos íbamos al campo, a las parcelas a comprar verduras y frutas. Allí se pagaba menos que en los negocios de la ciudad, pero había que comprar cantidades grandes. Por el calor tremendo y la humedad los alimentos se descomponían en poco rato. Tener refrigerador era indispensable. También automóvil, debido a las enormes distancias que hay que recorrer para desplazarse dentro de la ciudad. Mi hijo Antonio compró un Chevrolet antiguo, en buen estado, y me lo regaló. A mis hijos nunca les faltó el optimismo y la seguridad de que saldrían adelante en ese país, y en realidad fue así.

El auto lo usamos durante años. Se llamaba "Limousine" y fue nuestro fiel compañero durante todo el tiempo que viví en Australia. Gracias a él podía movilizarme y cumplir con mi trabajo de intérprete y de secretaria en el hospital de Hornsby, dos trabajos que desempeñaba paralelamente. En el hospital trabajaba los días sábados y domingos; durante la semana, de intérprete, en las Cortes o en Consultas Médicas.

En el año 1972 di mis exámenes de estudios escolares equivalentes a Educación Media y revali-

dé mi título de enfermera que había obtenido en Chile. Esto me permitió enrolarme en el Colegio de Enfermeras de Sydney. No pude ejercer por mucho tiempo, porque una hernia a la columna vertebral, me impedía hacer fuerzas o estar muchas horas de pie. Fue entonces que trabajé como secretaria de hospital.

Tuve varias amigas australianas y conocí, en un viaje por Indonesia que hice con una de ellas, países muy interesantes: Singapur, Kuala Lumpur en Malaya, la isla de Bali, Bangkok en Tailandia y Kowloon frente a Hong-Kong. Todas estas ciudades me mostraban la belleza oriental que es exótica, y en ese medio, gente amable y humana me recordaba mi país.

He aquí algunos apuntes de ese viaje:

“¿Quién yo?”

¿Dónde tú?

Lo que era ya no es. Lo que es y disfruto ya no me toca . . .

Estoy entre palmas y deidades ajenas que me hablan de vidas, cuerpos, ojos que se dilatan y caminan por las calles angostas, llenas de bicicletas y de jóvenes vestidos con sarongs que, arremetidos por los escasos automóviles, rehúyen el bulto,

acostumbrados tal vez a escapar al agravio. Pequeños poblados, casas de caña y totora, techos chascones, templos con exposición de miles de diferentes deidades, a la intemperie, sentados, en grupos, sobre columnas. Todos los dioses del mundo se reúnen en conjura en los patios, mientras las mujeres llevan sobre su cabeza canastas repletas de frutas y van equilibrando su cuerpo firme y moreno. Caminan, atravesando sembrados de trigo, que se extienden, dorados, bajo la lluvia estival. El aire húmedo y caliente se apega, junto con la ropa, haciendo de mí una esponja.

Creo que, como alguien a quien le han cortado la lengua no puede gustar un plato sabroso, así yo, podada por el sufrimiento que me produce la separación de mi familia, endurecida por el esfuerzo del trabajo, soy incapaz de apreciar toda esta vida que palpita en Bali y que es el producto de diferentes castas, antiguas civilizaciones y culturas, que se han amalgamado para producir una subcultura, que se levanta como un niño de pecho buscando la supervivencia, sin comprender de dónde viene o quién se la proporciona”.

“Llueve a cántaros y una suavidad climática se filtra por todos los poros. La belleza del lugar, su

exotismo armónico, me llaman, y obligan a dejar el lecho para escribir. Son las seis de la mañana. ¿Cómo recordar siempre estos rincones tan hermosos? ¿El patio que veo desde aquí, en que deidades extrañas se recogen bajo la lluvia, protegidas por plantas tropicales que crecen en abundancia? Desde la mesa del vestíbulo, en que me he instalado, veo la terraza con sillones muy cómodos. En los muros de ladrillo blanco, bajo relieves con escenas de la vida de los dioses. Ese lugar está cubierto por el mismo techo interior que se prolonga por sobre el muro y el ventanal. Aquí no hay modo de cerrar con llave, no hay nada que ocultar, nadie de quien protegerse; las ventanas se abren con solo empujarlas. Todo es cálido, amable.

El pueblo de Denpasar es muy pobre: una calle central con una tienda de zapatos, un Banco, una escuela, el Regimiento y pequeños negocios, en que un radio transmite a todo volumen una música occidental.

Saliendo, vemos plantaciones de arroz, grandes extensiones de palmerales, vacas arando la tierra, pequeños talleres en que orfebres elaboran la plata y el oro: pulseras, estuches, cadenas, garganti-

llas, collares. Miles de chucherías para tentar al turista extranjero a dejar sus dólares a los nativos.

Hay diez mil templos en Bali, ¿uno por habitante?

Los balineses son amables, su sencillez y suavidad, su complacencia con todo lo que los rodea, es un factor para sentirse a gusto, holgado, sin apremio, sin urgencias. El clima es relajante, como también su arte que expresan en cuanto hacen: música, coreografía, escultura y pintura que estampan en telas y que me han envuelto y conquistado. Bali es el sitio ideal para vivir y crear.

* * *

En Penang, la Iglesia Católica estaba al frente de nuestro hotel y ayer domingo, fuimos a la bendición con el Santísimo Sacramento.

Penang es una isla de veintitrés kilómetros de largo por catorce de ancho, con muchas pagodas y templos chinos. En el Templo de la Serpiente hay miles de ellas vivas, enroscadas en las columnas, sobre los altares, en los doseles. Había gente orando: hacen ofrendas con palillos de incienso y papeles que arden, mientras los sujetan con las

manos desnudas. El templo es de color rojo laca y tiene techo en forma de pagoda; el barrio es de calles angostas, y cada casa, frente a la puerta de entrada, tiene un pequeño templo con ofrendas. En este barrio los chinos se ven pobres y sucios.

De vuelta al hotel, pasamos frente a la Iglesia Anglicana. En los peldaños había varios mendigos tendidos, semi desnudos, envueltos sus esqueletos horripilantes en unas telas blanquizcas y harapientas. Enderezaron sus cabezas rapadas y se nos acercaron trotando a pedir una limosna. Mi amiga huyó asustada.

Mientras caminábamos por las calles pasaban uno tras otro, los rickshaws: pasajeros casi todos orientales, echados para atrás en el asiento, mientras el "coolie" del carrito, muy flaco, pedaleaba o corría para poder arrastrarlo.

A través de mi viaje he vuelto a ver la pobreza que en Australia no se ve. He llorado al recordar a personas que nacieron en mi país y que sufren hambre, frío y miedo. Me siento impotente para solucionar los males del mundo.

En Bangkok visitamos templos budistas. El Buda de Oro, macizo que pesa miles de toneladas, el Buda Reclinado, el templo del Amanecer. Allí

los fieles ruegan por sus necesidades. Navegamos por el Río Chaophya donde está el mercado y miles de casitas de madera muy pobres. Los tailandeses traficantes de productos, se movilizan por el río en botes cargados de frutas y verduras, que venden a los habitantes de la orilla. Es muy pintoresco pero como toda pobreza entristece el alma. Se veían mujeres manejando los botes, en que vendían helados, golosinas y se hacía estrecho el paso de las naves que trataban de avanzar.

El guía que nos acompañaba escribió en un papel:

1) Tailandia tiene tantos monjes budistas y tantos templos porque es allí donde se cultivan las virtudes sociales bajo la vigilancia de los iniciados.

2) Entrar al sacerdocio es obtener paz de la mente, (alejarse de la confusión del mundo que es la causa de las tristezas) y también una ocasión para aprender más acerca de los preceptos y disciplina de la religión.

3) La enseñanza religiosa es una guía para el hombre en la práctica de la virtud y ésta es la aspiración de toda religión.

4) La aspiración máxima del Budismo es liberar el alma del hombre de las pasiones y deseos y

del sufrimiento, hasta alcanzar la extinción final que es el Nirvana.

5) Todo joven budista tiene la obligación de entrar al sacerdocio durante tres meses, al cumplir su mayoría de edad.

* * *

Me levanto a las seis de la mañana y voy a misa en la Catedral de Bangkok. Rezo, entre monjas, sacerdotes vestidos de blanco, (parecidos a los budistas, de amarillo) y pájaros que entran y salen por las ventanas sin vidrio. Recibo la Sagrada Comunión y ruego a Dios por todos: orientales y occidentales, por la humanidad convulsionada para que logre la belleza, la verdad y la bondad que trae la esperanza de alcanzar la gloria de la Eternidad.

* * *

En 1974 tuve que viajar a Chile porque mi marido sufrió un ataque al corazón y murió a consecuencia de eso. Volver a mi casa que había dejado hacía años fue terrible por las circunstancias. Los

primeros días mi hermana me acompañó día y noche, hasta que logré poner orden a mis sentimientos y también a mis pertenencias que deseaba llevar a Australia, donde quería volver, para reunirme con mis hijos. La decisión era difícil de tomar porque mi tierra me atraía con gran fuerza.

La biblioteca que habíamos formado a través de toda la vida ya no existía. Compré algunos libros, otros me regalaron y así pude volver a formar una pequeña biblioteca que embalé, con algunos muebles, para llevármelos. Necesitaba embarcarlos en una nave marítima que nunca llegó a puerto chileno y debido a eso mi estadía se prolongó. Cuando pasaron seis meses que estaba en mi casa y con mis hermanos resolví más bien que viviría en mi país y me propuse trabajar, por Chile. Volví a enrolarme en la Cruz Roja.

Ese año, 1974, en octubre fui a "El Mercurio" llevando un artículo que había escrito. Me lo recibió Andrés Aburto y me pidió que le llevara otros. Fue así como aparecieron "La mujer Rescatada", "La nueva Tierra", y en 1975 "El amor obedece a la necesidad de recibir" y "Panorama Cultural y Humano de Australia", entre otros.

En 1976 volví a Sydney para quedarme un tiem-

po con mis hijos. Regresé a Chile y comencé los talleres literarios: uno en el Instituto Las Condes y otro en la Universidad Técnica del Estado. Allí asistían jóvenes y niñas que tenían inquietudes literarias. Nos reuníamos en el trabajo de escribir y corregirnos unos a otros. Escogíamos los temas abriendo un libro al azar y luego se leían los cuentos. Varios de ellos han publicado. Carlos Iturra, Mariana Callejas, Elena O'Brien, Pía Barros y varios más que ahora trabajan en otros Talleres comenzaron a escribir en ese tiempo.

En 1976 entregué en Editorial Zig-Zag mi libro "El Cajón de las Cosas Perdidas". Un año después me dijeron que esperara otro año, (me dejaban en libertad para deshacer el contrato). Retiré el libro y lo llevé a otras editoriales: Andrés Bello, Universitaria, Gabriela Mistral, pero ninguna estaba editando o se interesaban; tampoco Editorial Aconcagua. Guardé el manuscrito.

A fines del año, en diciembre, di mis exámenes de Educación Media, que no había rendido en Chile, y fui aprobada por el Ministerio de Educación. Mi idea era rendir la Prueba de Aptitud Académica para ingresar a la Universidad a estudiar Castellano, Literatura o Filosofía para pro-

fundizar estudios anteriores. En lugar de hacer eso, en 1977 me casé con Arturo Guzmán Reyes y nos fuimos a Buenos Aires. Allí tuvimos la oportunidad de escuchar, en una conferencia sobre la Divina Comedia, a Jorge Luis Borges. Nos pareció un genio de inteligencia y nos dejó admirados su memoria: citaba pasajes completos de la obra. Arturo me regaló sus libros y también "La Divina Comedia" que no tenía, ni había leído.

Llevamos a la Editorial Corregidor el manuscrito de "El Cajón de las Cosas Perdidas", que seguía sin publicar. Quedó en poder del Gerente que me aseguró me contestaría en el plazo de un mes. Como no recibiera noticias suyas, después de un año fuimos a buscarlo al sitio donde estaba su oficina y no había rastros.

Luego supimos que se había terminado la Editorial por problemas administrativos. Otra vez guardé el original que me quedaba, con la esperanza de que algún día las cosas cambiarían.

A principios de 1978, una escritora me habló de don Carlos George Nascimento, editor conocido y apreciado dentro de nuestro medio. Antes de llevarle mi manuscrito, lo volví a someter a revisión y se lo di a leer a Víctor Castro. En septiembre de

ese año salió al público mi segundo libro. Tuvo buena crítica y esto me animó a publicar "La Tierra es azul", Editorial Nascimento (1981). Este último libro me ha deparado satisfacciones debido a la acogida que ha tenido entre los críticos y el público.

Tengo buenos amigos y amigas entre los escritores y, cuando hay oportunidad de estar con ellos, disfruto mucho de su conversación. La SECH, el PEN CLUB, el Grupo Fuego y la Agrupación Amigos del Libro, me han dado apoyo y simpatía. Con Oreste Plath y la poetisa Isabel Velasco, fueron presentados al público nuestros respectivos libros en 1981. Antonio de Undurraga dio su acogida a "El Cajón de las Cosas Perdidas", 1978.

En mi vocación de escritora, "cuentera", soy dedicada y paso horas trabajando si tengo posibilidad de hacerlo. Sin embargo no doy prioridad a escribir: antes cumplo mis obligaciones de esposa y madre.

Mi deseo es que la literatura continúe siendo un arte y no sólo un pasatiempo. Que logremos perfeccionar la forma de superficie y también la de

contenido: eso es lo que trabajo en mí y quisiera conseguir.

Ezra Pound dice: "La vida es tan corta, y la técnica tan larga de aprender".

¡Gracias al Verbo por la alegría de expresarnos!

Gracias a ustedes por escucharme hoy y gracias a los que me lean.

Presentado en el Museo Benjamín Vicuña Mackenna el día 29 de octubre de 1981, en Santiago de Chile.

EN LA SERIE

¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS CHILENAS?

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa
Miguel Arteche
Gabriela Lezaeta
Manuel Francisco Mesa Seco
Cecilia Casanova
Fernando González-Urizar
Julio Flores
Antonio Cárdenas Tabies
Jaime Quezada
Emma Jauch
Carlos Ruiz-Tagle
Alicia Morel
María Silva Ossa
Isabel Velasco
Juan Antonio Massone

Pepita Turina
María Urzúa
Hugo Montes
Nicolás Mihovilovic
Ester Matte Alessandri
Enrique Neiman
René Vergara
Hernán Poblete Varas
Carlos René Correa
Fernando Debesa
Virginia Cox
Carlos Morand
Enrique Campos Menéndez
Angel C. González
Sergio Hernández
Floridor Pérez
Osvaldo Quijada
Matías Rafide
Isabel Edwards



COEDICION
ZAMORANO Y CAPERAN
LIBRERIA Y EDITORIAL
EDITORIAL NASCIMENTO